

EL MOTÍN

Año XLIII

Madrid, Sábado 3 de Febrero de 1923.

Número 5.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres; 5 año.—Provincias: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero: 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales: 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

Ya han vuelto á España los prisioneros. Unas brazas de agua los separaba de nuestro dominio y ha habido que avenirse á lo que los cautivadores han querido pedir. Casi hemos oído sus lamentos durante año y medio y no hemos podido auxiliarlos. Hasta en el momento mismo del rescate hemos sufrido humillaciones.

No digo que hubiera debido intentarse otra cosa, si sabíamos que no habíamos de poder. Pero subrayemos que *no habíamos de poder*; que el Ejército, que muy trabajosamente nos obligan años y años á preparar para caso de guerra con cualquier nación, no ha servido para evitar que unas hordas llegaran á Melilla, ni para socorrer á los sitiados en Monte Arruit, ni para sacar de Aydir á los prisioneros; que las reformas militares en engendradas por una sublevación sin gallardía é incubadas por una política de adulación, han sido la más infame de las indignidades.

En conciencia, un juez recto no podría dejar de admitirnos contra el régimen una denuncia por estafa.

La historia de España está llena de historias de cautivos; pero de todas las leídas, ninguna ha dejado en mí la amargura que los relatos de estos últimos prisioneros. Todos hablan de su hambre y de sus trabajos. El hambre, el hambre sobre todo, es siempre motivo inspirador de estas nuevas historias de cautiverio en el moro, que ensombrecen hoy á España con su siniestro anacronismo. Las gentes que

leen dicen entre lígrimas: «¡pobres hombres!»

Ya sé, ya sé que cuando el cuerpo adelgaza, el espíritu engorda y se hace más grosero. ¡Qué se le va ha hacer! Pero me duele, con el más profundo dolor, que al llegar hasta nosotros lo que hicieron trescientos militares españoles cuyo temple se puso á prueba con adversidades y peligros, sea «¡pobres hombres!» lo que la gente exclame.

Claro que uno de los siete sabios, el más sabio quizás, escribió «cuando el daño es inminente, promete», para enseñarnos á no sacrificarnos en balde. La Humanidad, cuando se obedece esta máxima, que es casi siempre, se hace cargo (¡pobres hombres!); pero su admiración se guarda para quienes no se encajan en estas normas de la multitud. So capa de intelectualismo, hay una constante cruzada para subvertir estos conceptos; llévanla gentes que bien quisieran, para provecho suyo, que el galardón más excelso no fuera para el hombre más capaz de sacrificio. Hace poco, Unamuno decía, queriendo rebajar el valor, que «lo importante es ser *homo*», y no advertía que lo que diferencia al tal *homo* de las demás especies, tanto por lo menos como el latín, es la capacidad para el estéril y voluntario sacrificio, cumbre sublime del valor.

Un moro pregunta amenazador quién ha protestado contra el apaleamiento de un cautivo. Le oyen los demás prisioneros y todos callan. ¿Quién podría aconsejarles declarar? Nadie. El daño es inminente. El teniente Arévalo comprende que el moro sabe que quien protestó está entre los interpellados, y que el moro se reirá del que no contesta; siente el impulso heroico, y se confiesa culpable por todos serenamente. Lo apartan y lo matan á palcos.

¡Muerte bárbara, inhumana! Y sin embargo ¿verdad que aquí no enciaja lo de «pobre teniente Arévalo»?

Avidamente, con la ansiedad de quien busca remedio para un dolor, he seguido en los relatos rasgos parecidos á los del teniente Arévalo. Algunos más he hallado:

Horacio Echevarrieta, ofreciéndose en rehenes para que terminase el embarque aun faltando no sé qué cantidad, es un espectáculo recio y confortador para el ánimo. El, opulento naviero, excitando á su costa la codicia

y la rapacidad de los rifeños, tiene derecho á nuestra admiración. Y, adviértase aquí la fuerza de las actitudes galardas: el mismo moro que se negaba á que el embarque siguiera, oye avergonzado la propuesta de Echevarrieta y la rechaza, al tiempo que ofrece su propia garantía.

¡Espartana mujer la que ha regresado cubierta de heridas por resistir á la brutalidad de los moros!

¡Digno oficial de Ingenieros el que dijo que preferiría el fusilamiento á dirigir obras de fortificación!

Fuera de esto, creo no haber hallado mucho con que consolarme. Las variaciones más ó menos humorísticas sobre el tema del hambre que han llenado los periódicos, inspiran mi compasión; pero ya digo que no es éste el sentimiento que desearía se despertase en mí. Tengo que confesar que mi devoción por los hechos grandes, á pesar de los vínculos de sangre, se dirige más que á éstos desventurados hambrientos, al hambriento sublime que se llamó alcalde de Cusk.

Y luego, volviendo al desastre de todo nuestro sistema ¡qué feria de ambiciones desenfundadas, que pugna entre desvergonzados que descubrieron negocio en el rescate! Parece que hubo fraile que se proponía explotar el Purgatorio efectivo de Aydir con tan buen rendimiento como se explota el inventado por la Iglesia; y que el ministro de Estado advirtió al prior que, si no retiraba al fraile de aquellas andanzas, habría que tomar con él una medida seria.

Parece increíble que Echevarrieta haya podido lograr nada después de esta orgía. Prestigio hace falta.

Es violento hablar hoy de responsabilidades, pero es preciso. Es preciso, porque seguramente se desencadenará una campaña encaminada á ahogar en sollozos el anhelo, la ineludible obligación, mejor dicho, de que las responsabilidades se exijan. Hay muchas personas (todos los hombres civiles á quienes se apunta como culpables, por ejemplo) interesadas en echarlo todo á barato y pescar impunidades á río revuelto. El penoso deber de España es acusar; y cuando le hablen de sufrimientos en Aydir, mirar á las matanzas de Monte Arruit y

Don Quedani y al descaro de ministros ineptos ó inmorales.

El momento puede ser decisivo, y los comprometidos lo saben. Juzgados los militares se planteará una situación de hecho peligrosísima para los responsables civiles, por más equilibrios leguleyescos que hagan. El precedente del coronel Jiménez Arroyo, los ha alarmado justamente.

Un pueblo puede resurgir de una catástrofe; y si la que hemos sufrido nosotros no es revulsivo suficiente, podemos echarnos á morir. Adviértase que hoy nuestra situación es tal, que cuando se habla, como ahora, después de sufridas todas las humillaciones, de sumisión en la zona oriental, no se sabe á ciencia cierta cual va á ser el resultado.

Esto es amargo de decir y de paladear, pero es indudable y es inútil que lo disfracemos. Hay que llamar al pan robo y al vino agua.

UN RECUERDO

Hoy que el nombre de Horacio Echevarrieta se pronuncia en toda España con admiración y gratitud, evoco en mi memoria la de su padre, aquel republicano tan convencido y abnegado, aquel defensor de la Libertad tan valeroso ante el carlismo, aquella personalidad de tanto relieve y tanto prestigio en la esfera económica de la región vascongada.

Y pienso en la alegría que, de vivir, sentiría hoy Cosme al ver á su hijo, del que estaba tan orgulloso, siguiendo su ejemplo, y aplaudido y felicitado en todos los confines de la patria que él tanto amó.

Cavilaciones

Y aquí me tienen ustedes sin saber á qué destinar las pesetas que me queden en cuenta corriente después de cubrir los gastos de las dos tiradas del *Extraordinario*, que han ascendido á 13 061 pesetas.

Lo primero en que pensé fué duplicar las páginas de *El Motin*, por ser lo que más deseaba. Pero me pregunté: «¿Podrás sostenerlo en esa forma todo el año, habiendo subido tanto el papel y la mano de obra?» Y me puse á hacer números, y me convencí de que no era posible. En la suscripción no ganaba, y en la venta perdía.

Luego se me ocurrió reproducir en un álbum las cien mejores caricaturas anticlericales de todas las publicadas en *El Motin*; mas al echar la cuenta de lo que costarían los clichés, el papel, la tirada y la encuadernación de dos mil ejemplares, y enterarme de que pasaba el gasto de cinco mil pesetas, renuncié á la blanca mano de doña Leonor. No abandono, sin embargo, este proyecto, y tal vez haga un ensayo

con un álbum de 25 caricaturas. ¿Que da buen resultado? Pues hago otros. ¿Que no? Pues alto el fuego.

Más tarde pensé en enjaretar algún nuevo libro ó en rehacer los que tengo agotados, y acabé por increparme de este modo: «¿Pero es posible, iluso sempiterno, que se te haya ocurrido ese disparate, teniendo millares de libros almacenados, ofreciéndolos á precios á que hoy no podrías dar los que hicieras, y que no vendes, como tampoco los folletos, las láminas en cartulina y las tarjetas postales que hiciste? Si te hubieran comprado todo eso, habrías podido renovar y agrandar tu Biblioteca, sin verte obligado á reducir *EL MOTIN* á cuatro páginas.»

Y en estas cavilaciones paso buena parte del día. Y no digo de la noche, porque en cuanto caigo en la cama me duermo como un bienaventurado (acreditada especie de durmientes que dejan en mantillas á las marmotas), sin acordarme de que estoy maldecido y excomulgado tantas veces, ni de que tengo en perspectiva nada menos que la condenación eterna. Y duermo tan profunda y sosegadamente, que la noche que sólo descanso diez horas, le suelto unas pulititas al dios Morfeo.

He consultado mis proyectos con algunos de los amigos que vienen á verme, y ninguno los ha aprobado: todos me han dicho que tengo ya derecho á descansar, y que debo seguir con el periódico tal cual está hoy, seguro de que mis lectores no han de exigirme que lo duplique.

No dudo de esto último, porque tengo muchas pruebas de que á mis lectores les parece bien cuanto hago y digo.

Tampoco dudo del afecto que me demuestran y la buena intención que llevan mis amigos al aconsejarme lo que me aconsejan, mas no me agrada decir si los complazco, pues no lo haré voluntariamente. De contar con las 50.000 pesetas de que hablé se me enbroma tiempo há, indispensables para realizar lo que deseo, me apresuraría á no complacerlos. Pero como no es así, los complaceré á pesar mío. ¡Qué remedio! A la fuerza ahorcan.

Comprendo que forjar á mi edad proyectos, traspasa los linderos de lo risible; pero como es defecto que tuve desde joven, le he tomado cariño, y no voy á rifar con él á última hora.

Por otra parte, no creo que sea muy exagerada la pretensión mía de continuar laborando en lo de siempre. Si se reconoce que he luchado sin descanso, no hay para qué extrañarse de que aspire, como el buen artillero, á morir al pie del cañón; frase que, adaptada al caso mío, equivale á acabar con la pluma en la mano.

JOSÉ NAKENS

DON JOSE

Don José ha cumplido ochenta y un años. Se habla quedado ciego. Castrejana le batió las cataratas. Volvió á ver. Pero á esa edad ya el órgano de la visión, fatigado, anquilado, apenas sin ver. Y don José, más que escribir, dicta. Más que leer, pide que le lean. Y trabaja. Redacta su periódico, su histórico *MOTIN*, pequeño, pequeñísimo, pero muy grande, sin embargo, porque son sus páginas minúsculas la proyección de un gran espíritu.

¡Ochenta y un años!... Y don José no es ita, cada mañana, al levantarse, pensar en el trabajo; en el trabajo periodístico, labor de toda su vida altiva, esquivada y desdeñosa; en la pluma, herramienta vil, herramienta sagrada, según la mano que la empuña y según el corazón que la guía.

Según el corazón, más que el cerebro, sí. Porque muhas veces, el talento, la habilidad profesional, el estilo, la seducción de la imagen, el mismo ingenio, son afeites con que la indignidad se disfraza. Y don José ha escrito siempre con el corazón, impulsado por cóleras sublimes ó por piedades infinitas...

¡Oh la sátira de don José! Esa sátira que acreditó la mentira de sus odios, de sus biliosas intransigencias, de sus exaltaciones; es otra cosa que una mezcla de indignación y de compasión? El personaje de Beaumarchais decía: «Me río para no llorar.» Muchas veces don José ha fingido que reía, mientras las lágrimas pugnaban por asomarse á sus mejillas.

¡Ochenta y un años!... Es otra época. En sus horas de soledad, don José dialoga con los muertos. Los recuerdos pueblan su habitación, cuarto de trabajo y alcoba á un tiempo, que parece una celda monástica. ¡Qué de sombras en ella, cuando acaba la luz del día y aún no ahuyentó las tinieblas la luz artificial!...

Toda la España contemporánea desfila por allí, evocada por el anciano venerable, de pupilas veladas, de enorme frente, de manos temblonas. Los héroes y los miserables, los que murieron por su idea y los que sacrificaron esa idea á su provecho personal, los Quijotes y los Sanchoes. Y de cada uno sabe don José una anécdota sintomática, un rasgo definitivo, una frase reveladora de la psicología. Don José conocía, no como los conociera el vulgo, tras los velos de la actuación pública, de la leyenda, de la reputación muchas veces mentida, sino como ellos eran, hombres fiacos, alguna vez admirables, ú homúnculos faecuentemente hinchados y colocados sobre pedestales de adulación.

¡Ochenta y un años! El incorruptible humano, el justo que sabía desde-

ñar y comprender, recibe un homenaje modestísimo. A él me asocio con toda mi alma. En estos tiempos de homenajes inmerecidos, el homenaje a don José es como una rehabilitación de ellos...

FABIAN VIDAL

El Mercantil Valenciano.

Los jóvenes que roban

Cada día crece más la relación de jovenzuelos ladrones, de dependientes infieles, de sujetos que burian la confianza que en ellos se deposita y se quedan con el santo y la limosna. La faceta principal de esta amoralidad es sustraer géneros de los que venden o manipulan o quedarse con el importe de las facturas que se les encomendó cobrar. No pasa día sin que se den varios casos de estos, y para convencerse de ello sólo hay que fijarse en la crónica cotidiana de raterías en los periódicos.

El detalle que más salta a la vista es la poca edad de estos delincuentes. La mayoría no llegan a los veintidós años. Estamos, pues, en presencia de una precocidad en el delito, pues casi no han tenido tiempo para ser lo que vulgarmente llamamos *viciosos*.

¿Cuáles son las causas de ello? Los jóvenes del campo y de las poblaciones pequeñas suelen ser más virtuosos y honrados que los de las grandes ciudades, y esto se explica, por falta de tentaciones, de peligros y de ocasiones, no porque sean de mejor condición moral que los de las grandes ciudades.

Lo cierto es que el joven rural o pueblerino, transportado a una gran ciudad, pronto cambia en sus gustos y costumbres, y muchos de ellos caen en la red del delito.

Nada se obtiene sin dinero, y la juventud empleada en comercios, talleres, fábricas, Bancos, etc., ve pasar ante ella un río de oro, sin que a ellos llegue una salpicadura de aquel dinero. Para que el contraste sea más vivo, habitan en casas pobres, en calles infectas, en cuartuchos desmantelados, en el seno de familias más destituidas que tienen que contar con los dedos para comer y vestir, y esto excita su avaricia, estimula los malos instintos y apaga las protestas de la conciencia. Y un día, al contacto de un puñado de plata, de unos cuantos billetes de Banco, vacilan, dudan y acaban por ser presa de la garra dorada del dinero, que les brinda la posesión de satisfacciones y delicias soñadas y entrevistas, pero jamás poseídas.

Y la vida de aquel muchacho queda rota, alterada desde aquel momento. Se aparta del sendero recto, se cierra las puertas de la vida honrada, y si no cae en manos de la justicia y encerrado en la cárcel, ha de vivir forzosa-

mente al margen de la ley y sorteando los peligros que para el ladrón o el estafador tiene reservados la sociedad.

Estos jovenzuelos, en los cuales está cegada por completo la fuente de los sentimientos nobles, precoces en todos los malos hábitos, se empiezan a torcer por las malas compañías, por el afán de imitar a los que se llaman *corridos*, a los tipos que hacen alarde de todos los vicios. Hay que fumar, beber, jugar, liarse con alguna camarera o cupletista de quinta clase si se quiere sentar plaza de hombre, de macho a la moderna. Y como para esto hace falta dinero, se toma de donde se puede o donde lo haya, aunque haya que robar y estafar.

Esta es la historia, la génesis, el proceso psicológico que se desarrolla en todos los jóvenes delincuentes, más repulsivos cuanto menor edad tienen y más sanos han sido los ejemplos que han recibido en su familia.

El afán inmoderado del lujo, que tantos peligros tiene para la mujer, también ejerce su influjo en el hombre, sobre todo en los jóvenes. Se desviven por imitar a los aristócratas, como los obreros a los señoritos. No sale una moda que a los cuatro días no llegue al campo de la alpargata. No es el empleadillo sólo el que viste elegante, sino también el obrero de fábrica y taller. Hay quien va al trabajo con abrigo, capa, guante y bastón como el hijo de un duque. Y, es claro, como no hay base para este postín, luego vienen los robos, las estafas y el desfalco de las futuras.

El mal es más difícil de extinguir que lo que parece.

FRAY GERUNDIO

EL DEMONIO

En la obra *Isis sin velo* (tomo III, página 145) se lee el siguiente Credo que hace bastantes años escribió un cabalista que se veía perseguido, y que es común para católicos y protestantes:

«Creo en el Demonio, Omnipotente Padre del Mal, destructor de todas las cosas, perturbador de cielos y tierra, y en el Anicristo, su único hijo y persiguidor nuestro, que fué concebido por obra del Espíritu maligno y nació de una sacrilega y loca virgen. Fué glorificado por los hombres y reinó sobre ellos. Subió al trono de Dios todopoderoso, y sentado junto a Él, insulta desde allí a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu del Mal, en la sinagoga de Satanás, en la comunión de los malvados, en la pérdida del cuerpo, y en la muerte é infierno perdurables. Amén.»

Aunque este credo pueda parecer extravagante, hay que reconocer que nada contiene que se oponga a los dogmas cristianos. Al contrario. Mientras las gentes crean en el Demonio, aunque duden de Dios, habrá necesi-

dad de sacerdotes que nos libren de ir a los infiernos donde arde un fuego eterno, que ni es fuego puesto que en el centro de la Tierra no hay atmósfera para mantener la combustión, ni puede ser eterno, porque nuestro planeta ha de tener fin como astro.

Que el demonio es un perturbador de la Tierra ningún creyente lo duda. Que lo ha sido en el Cielo también lo admiten los cristianos y los budistas.

Según los cristianos, en una época que se pierde en la *noche* de los tiempos (puesto que no citan en qué día de la Creación ocurrió), Luzbel empezó a organizar en el Cielo una especie de Juntas de defensa a las que ya se habían adherido la tercera parte de los ángeles, cuando se enteró de ello el terrible Jehová, que tomó la cosa por la tremenda é hizo lo que con el tiempo había de hacer en nuestro país el gran La Cierva con las Juntas de sargentos y brigadas. Es decir, que Luzbel y sus compañeros fueron licenciados sin que tengan la esperanza de recuperar sus anteriores destinos.

Según los budistas, la rebelión ocurrió de otra manera. Cuando los cuerpos de los animales que vivían en la Tierra habían evolucionado lo suficiente para que en ellos pudieran encarnar los ángeles (con el fin de dar origen a la Humanidad y continuar la evolución), éstos recibieron orden de hacerlo, y la desobedecieron. Las formas animales, que ya habían alcanzado su apogeo de perfección, empezaron a degenerar, y los ángeles tuvieron que encarnar en formas inferiores, dando así origen a una Humanidad que ya nació *caída*, es decir, menos evolucionada de lo que hubiera sido de no haber ocurrido la desobediencia. Y como la Humanidad no ha recuperado aún su efreno inicial, resulta que los efectos del *pecado original* duran todavía. Es decir que, según los budistas, los demonios somos nosotros mismos, que estamos evolucionando desde la frontera de la animalidad hasta convertirnos en dioses, como prometió la serpiente de Eva.

En la Grecia antigua, los Demonios (demi dioses, semi dioses), no eran otra cosa que los antepasados, los espíritus de los hombres de bien. Y Sócrates decía: «Yo afirmo que todo el que es *daimon*, es decir, hombre de bien, es verdaderamente demonio durante su vida y después de la muerte, y que este nombre le conviene propiamente» (1).

La hombría de bien del Demonio está también reconocida por los cristianos en su literatura. Cuando un cristiano, mediante ciertas condiciones, ha vendido su alma al Demonio, éste siempre ha cumplido sus compromisos caballerosamente. En cambio, el vendedor muchas veces ha encontrado un ardiz jesuítico para conver-

(1) Los nombres de los dioses, por Estanislao Sánchez Calvo, pág. 5.

tir el trato en un pedazo de papel. No hay necesidad de decir que la mayoría de los católicos aplaude la conducta de los que convierten en pedazo de papel sus más solemnes compromisos.

Y todavía atribuyen al Demonio todas las maldades que se citan en el Credo con que he encabezado este artículo. Es decir, que le calumnian. Y para colmo de ironía le llaman *Diablo* (de *diabaleim*, calumnia) que quiere decir *calumniador*.—F. R.

Advertencia

Debido á la acumulación de correspondencia, es fácil que se haya tras-papelado alguna carta, y por lo tanto, que el nombre del remitente no haya sido incluido en las listas. Los que se encuentren en este caso pueden reclamar quien hayan dirigido el giro.

Para esto, tengan presente que los giros se han publicado á nombre del *imponente* y con el del pueblo de *procedencia*; así que aquellos que por no existir Giro Postal en un pueblo lo han remitido desde otro donde existe, lo habrán leído con el nombre de éste último en que figuraba impuesto, é igualmente se ha consignado en lista el nombre del *imponente*, que muchas veces no ha sido el del donante, sino el de la persona que aquél comisionó para girar. Estas anomalías pueden subsanarlas el *inscriptor* mejor que nosotros.

UN RUEGO

Se lo hacemos á las Comisiones de provincias, para que á la brevedad posible nos remitan los nombres de los amigos que les han compuesto, y también el título de los periódicos y entidades que han contribuido á la propaganda y éxito del Extraordinario.

LA COMISION

Suscripción para el número Extraordinario



Cantidades recibidas

Suma anterior, 20.124'40 pesetas,

Ricardo de la Torriente, 5 pesos; Mario de la Torriente, 5; Calixto de la Torriente, 5; Francisco Cuenca, 5; Manuel Roldán, 5; A. Pérez Soto, 5; Juan B. Ubago, 2; M. Vázquez Varela, 2; José Tamayo, 1; A. Valenzuela, 1; Ignacio de la Vega, 5; Joaquín Codina, 1; Francisco González, 1; Feliciano Martínez Durán, 1; Damián Pila, 0'50; Jesús Lledo, 0'50; Luis F. Lizaso, 0'50; Francisco González, 1; Ramón Cobo, 1; Sergio Pérez, 1; Augustal Romo Jara, 1; Sergio Ros, 1; Fermín García, 0'40; Manuel S. Suárez, 0'40; Ceferino Alvarez, 0'50; Joseph J. K., 0'40; Manuel Suárez, 0'30; Juan M. Suá-

rez, 0'20; Celestino S. Rodríguez, 0'20; Remigio Arce, 0'20; E. Rodríguez, 0'20; A. Gela Rivas de Torriente, 5; Antonio Méndez, 3; Enri que González, 3; Francisco González, 1; Ce es ino Fernández, 1; Benigno Mañana, 1; Fermín González, 1; Manuel S. Suárez, 0'65; Ceferino Alvarez, 0'55; Clodomiro Lancaro, 0'50; Gabriel Ginart, 0'50; Tomás Méndez, 0'50; Cándido García, 0'50; José Pérez, 0'50; Jerónimo García, 0'50; Santiago Ferrer, 0'50; Un obreiro, 0'50; Patricio Castro, 0'40; Casimiro Díaz, 0'20; Wenceslao Fernández, 0'40; José Antonio Méndez, 0'20; José Sánchez, 0'20; Obdulio González Méndez, 0'20; Miguel Madera, 0'20; Benito Vázquez Afel, 5; Miguel Arrieta, 1; Jesús Monelos, 1; Juan Rubio Villar, 1; Vicente Novoa, 1; Manuel Prieto Portos, 1; José Moure, 1; Un librepensador, 1; Maximino Quintas, 0'50; Abel Fernández, 0'50; Cándido Moreno, 0'50; Luiz Vazquez, 0'40; Ramón Quintas, 0'40; Claudio Quintas, 0'40; Antonio Carretero, 0'40; Dolores López, 0'20; Guillermo, Herminia, Adelina, Elena y Florinda Vázquez, 1; Juan Domenech, 0'20; Benito Salgado, 0'20; Dalmacio Geráldez, 5; Hilario García, 1; José Díaz, 1; Francisco Perujo, 0'50; Rosa Fernández, 0'50; Gerardo Novoa, 0'50; Arturo Teixidor, 0'40; Vicente Ladsa, 0'40; Rosendo Huergo, 0'30; José Rego, 0'30; José Fernández, 0'30; Andrés Senra, 0'30; José López, 0'20; Arturo Teixidor, 0'20; Carlos Gorzález, 0'20; Manuel Alfonso, 0'20; Eusebio Banco, 0'20; Daniel Rey, 0'20; Joaquín Arés, 0'20; Enrique Préstamo, 0'20; Vicente Novo, 0'20; José Ablanado, 0'20; Jerónimo Gila, 0'20; Francisco García, 0'20; Eugenio Penabad, 0'20; Camilo López, 0'20; Miguel Pérez, 0'20; Alvarez Ayuso, 0'20; José Riquejo, 0'20; José Iglesias, 0'20; Victoriano Rodríguez, 0'10; Fernando López, 0'10; César Pérez, 0'10; Enrique García, 0'10; Manuel García Vázquez, 1; Antonio Afel, 1; Un liberal, 2; José Cheda, 1; Basilio Portugal, 1; Un admirador, 2; Un grupo de obreros de la Fábrica «La Corona», 14. (Recaudado por el periódico *La Política Cómica*, de la Habana.) Total 128'50 pesos, equivalente á 800 pesetas.

Ramón Borrás, Tortosa, 4 pesetas; Ramón Prida, Córdoba, 4; Diego Peñas, Almaz, 0'50; Francisco Reyes, id., 2; Amando Cabrera, Santa Cruz de la Palma, 5.

Total 20.939'90 pesetas.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Tedillo Manzano, Malpartida de Plasencia, 6 pesetas; Ramón Borrás, Tortosa, 1; Joaquín Iglesias, Navás, 1; Juan Lasheras, Almadén, 2.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Ulldecona.—Bautista Roure; abonada su suscripción á fin Enero 1924.

Idem.—Rafael Cestell, id. á fin Junio 1924.

Cáceres.—Florentino Muñoz, id. á fin Diciembre 1923.

Barcelona.—Jaime Escifit G. O., de Casas, id. á fin Diciembre 1923.

Tortosa.—José Castelví, id. á fin Diciembre 1923.

Idem.—Francisco Vallés, id. á fin Diciembre 1923.

Idem.—José Antó, id. á fin Diciembre 1923.

Idem.—Ramón Borrás, id. á fin Diciembre 1923.

Orihuela.—V. García Guillén, id. á fin Diciembre 1923.

Córdoba.—Ramón Prida, id. á fin Diciembre 1923.

Kubí.—Centro Democrático, id. á fin Diciembre 1923.

Huelva.—Antonio Corrales, id. á fin Febrero 1924.

Idem.—Miguel González, id. á fin Diciembre 1923.

Fresnedoso de Ibor.—Adolfo Moreno, id. á fin Diciembre 1923.

Malpartida de Plasencia.—Teófilo Manzano, id. á fin Diciembre 1923.

Castellón.—Félix Torres, id. á fin Diciembre 1923.

Salamanca.—Julio Martín Bazán, id. á fin Diciembre 1923.

Santa Cruz de la Palma.—Amando Cabrera, id. á fin Junio 1923.

Idem.—Miguel Marín, id. á fin Junio 1923.

Navas.—Joaquín Iglesias, id. á fin Diciembre 1923.

Ballesterio.—José Gabaldón, id. á fin Febrero 1923.

Pueblo Nuevo del Terrible.—Carlos Montiel, id. á fin Diciembre 1923.

Idem.—Ramón Ramírez, id. á fin Diciembre 1923.

Idem.—José Pizarro, id. á fin Diciembre 1923.

Idem.—Domingo Valdivia, id. á fin Enero 1924.

Idem.—José López, id. á fin Enero 1924.

Idem.—José Arés, id. á fin Enero 1924.

Almadén.—Juan Lasheras, id. á fin Enero 1924.

Málaga.—José Martos, id. á fin Septiembre 1923.

Torreembarrá.—Emilio López, id. á fin Diciembre 1923.

El Bonillo.—Pedro Solana, id. á fin Diciembre 1923.

Sejalvo.—Manuel Fontañá, id. á fin Junio 1923.

Idem.—Adolfo Villanueva, id. á fin Junio 1923.

Ulldecona.—Bautista Roure; recibido en su libro 5 pesetas; conforme.

Sevilla.—Francisco Salado; recibido su Giro de 5 pesetas; conforme.

Cáceres.—Florentino Muñoz, id. de 31; conforme.

Figuera.—Martín Gratacós, id. de 6'65; conforme.

Tortosa.—José Castelví, id. de 10; conforme.

Coruña.—José García Fernández, id. de 20; conforme.

Salobreña.—Francisco Pareja, id. de 3'60; conforme.

Málaga.—Miguel Torres, id. sus dos giros; conforme.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid.